

Durante la comida les observé con atención. Ella parecía haber llorado, tenía las ojeras muy marcadas, y á las palabras que él la dirigía en voz baja, contestaba sólo con monosílabos. Hablaban en italiano.

Comió él con voracidad, mientras ella no probó de ningún plato.

Engullía yo en silencio aquellos manjares extraños, que por el apetito me parecían deliciosos, y pensaba á la vez si mis compañeros de comedor serían matrimonio ó hija y padre.

Acabaron antes que yo, levantáronse silenciosos, volvieron á saludarme con la cabeza, y antes de salir, al colocar él un abrigo sobre los hombros de ella, oí que la decía, en italiano también, y ya en voz alta:

—Daremos una vuelta para no encerrarnos tan pronto, ¿eh?

—Como gustes,—contestó ella con un timbre argentino, dulcemente sonoro. Se apoyó en el brazo de él y salieron.

Yo, volviendo sin disimulo la cabeza, la seguí con la mirada, recreándome en aquella esbeltez de su cuerpo, en aquella elegancia suprema de toda su figura. Repito á Udes. que yo tenía veinticinco años, la edad en que los ojos embellecen todo lo que miran. Además, era un poquito soñador y romántico, y hasta tenía mis aficiones de poeta. Así comprenderán Udes. la impresión que me produjo aquella mujer seductora, á quien rodeó de misterios y encantos mi soñadora imaginación. La supuse víctima de aquel hombre tan brusco y tan grande, con aquella nariz tan encendida: su esposo sin duda: un tirano cruel con quien la habrían unido á fuerza.... Forjé la historia á mi gusto entre las bocanadas de humo de un cigarro que fumé, aprovechando la soledad del comedor, mientras tomaba el te sorbo á sorbo.

Un mozo recogía los platos de encima de la mesa y la limpiaba muy de prisa, como indicando que debía irme, en tanto que yo empezaba á entregarme á ciertos ensueños amorosos, entornando los párpados para reproducir en la imaginación la figura de aquella interesante mujer, á quien acaso no volvería á ver nunca.

De pronto se me ocurrió preguntar en francés al camarero:

—Diga Ud., ¿viven en la fonda esa señora y ese caballero que han comido ahí!

El mozo se sonrió, encogiéndose de hombros, é indicó que no me comprendía; pero con otro movimiento que hizo luego me dió á entender que esperase, y salió del comedor casi corriendo. Un instante después se me presentó otro camarero y me preguntó en francés: —¿Qué deseaba el señor?

Comprendí que era una impertinencia haberle hecho venir para interrogarle sobre aquello que no debía importarme y que podía ser indiscreto, y le pregunté no sé qué otra cosa para salir del paso. Después subí á mi habitación, me acosté; y á los pocos momentos dormía con un sueño apasible y profundo de quien se recrea entre las sábanas, después de dos noches pasadas sin desnudarse sobre los duros almohadones del vagón.

III

—No sé qué hora sería,—prosiguió el Marqués tras un breve descanso, durante el cual hicieron comentarios los bañistas sobre la figura ideal de la viajera,—cuando me desperté sobresaltado al sonar un golpe muy fuerte, producido, sin duda, por un mueble que habían derribado en la habitación inmediata á mi derecha, es decir, el núm. 13.

Allí seguramente ocurría una escena violentísima. Dos personas disputaban muy bajito, como si procurasen no ser oídas. Las conocí al momento: la voz bronca del hombre y la dulcísima de la mujer me persuadieron de quienes eran.

—No,—decía él en italiano, con reconcentrada furia, con acento terrible,—no, y mil veces no. ¿Creeías engañarme con tus halagos, con tu falsía hipócrita?

—¡Perdón, perdón!—repetía ella muchas veces entre ahogados sollozos, suplicante y acongojada.

—No,—proseguía él, cuya voz retumbaba como un trueno lejano,—tu vileza no tiene igual. ¡Infame! ¡Traidora!

Luego sonó ruido de lucha. Salté de la cama. En medio de la obscuridad se veía un rayo de luz que penetraba por una rendija de la puerta de comunicación entre mi cuarto y el otro. Me acerqué, miré, y lo que ví, me dejó atónito.

El hombre cogía por el cuello á la mujer, que se resistía. Un instante no más pude ver casi completo el perfil de aquellos dos rostros,



que no he logrado nunca olvidar. El del hombre, fiero, descompuesto, con la mueca espantosa de la cólera; el de la mujer, con la expresión del terror, con aquellos ojos azules muy abiertos y con aquellos labios balbucientes y trémulos.... Desaparecieron de mi vista aquellas dos figuras siniestras, y oí á la mujer que, con la voz muy apagada, entre un estertor seco, decía:

—¡Favor! ¡Socorro!

—¡Así, así!—exclamó él, ya en alta voz y con expresión de cruel regocijo.

Y cuando me disponía á derribar la puerta para acudir en auxilio de aquella desdichada mujer, sonó el ruido de un cuerpo que se desplomaba sobre el suelo. Entonces se me nubló la vista, me flaquearon las piernas y caí sin sentido.

—¡Qué horror!—exclamaron los bañistas.

—Todavía me estremezco al recordarlo.

—Siga Ud., siga Ud.

IV

Cuando volví en mí, apenas pude darme cuenta de lo que había visto. A no encontrarme tendido sobre el suelo, junto á aquella puerta, lo hubiera creído todo una pesadilla. En el cuarto inmediato no había ya luz, y reinaba un silencio de muerte.

Mi primera intención, en medio de la ansiedad y la zozobra que sentía, fué llamar, hacer que viniese alguien y referir cuanto había visto; pero luego reflexioné lo peligroso que podía ser para mí el confesarme testigo de aquel crimen. Ese miedo que todos tenemos, con razón, en nuestro país, á los procedimientos de la justicia, sin duda influyó mucho en mi resolución de callar para no verme envuelto en un proceso, en tierra extraña, donde acaso, contra mi voluntad, me obligarían á permanecer mucho tiempo.

Pensé, además, en algo de lo que podía haber sucedido. El crimen se había consumado sin duda, y era ya, por tanto, inevitable; el asesino tal vez habría escapado después de cometerlo. Aquel silencio y aquella obscuridad en la habitación así parecían indicarlo.... Si él no se presentaba ó no conseguían capturarlo pronto, sabe Dios hasta cuándo no se pondría en claro todo lo sucedido.

Resolví, pues, marchar en cuanto amaneciera, sin decir á nadie una palabra si, como parecía, ignoraban aun en la fonda el horrible suceso y no me obligaban á intervenir en las averiguaciones.

Consulté la guía de ferrocarriles, y ví que salía un tren á las cinco de la mañana. En él marché á París sin desayunarme siquiera, dominado todavía por la impresión de aquella escena pavorosa.

Leí con avidez cuanto dijeron de Holanda aquellos días los periódicos franceses; pero en ninguno encontré nada que se refiriese al crimen de Rotterdam.

—¡Es raro!—exclamó el General,—porque un asesinato así cometido en un establecimiento público no quedaría oculto seguramente.

—No, Señor, no,—dijo el Marqués,—¡qué había de quedar! Todo se descubrió, y yo mismo, dos años más tarde, providencialmente puede decirse, casi presencié el castigo del criminal.

—¡Es posible!

—¿Cómo?

—Continúe Ud.,—dijeron los oyentes, cada vez más interesados en el relato.

V

Llevaba yo en Florencia más de dos meses sin cansarme de admirar monumentos famosos. En mis visitas diarias á iglesias, museos y palacios, conocí al hijo de los Condes de Falerno, joven de exquisita cultura, cuyo carácter armonizó bien pronto con el mío.

Un día me invitó para asistir á la gran fiesta con que sus padres celebraban sus bodas de plata. Verificábase por la noche, y debía comenzar á las nueve en punto; pero una jaqueca pertinaz y violenta, de las que todavía padezco y por las que vengo á tomar estas aguas, me obligó á acostarme al anocheecer.

Siempre me alivio con el sueño, y habría dormido tres ó cuatro horas, cuando me desperté sin dolor alguno. Miré el reloj: eran las diez y media.

—Todavía hay tiempo,—pensé,—de asistir á la fiesta, que no habrá terminado, y de probar que mi falta no es descortesía.

Me vestí de etiqueta, con toda la rapidez posible, salí de la fonda, y me dirigí á la casa de mi amigo, verdadero palacio lleno de preciosidades artísticas, según pude ver aquella noche, y de las cuales, por modestia, sin duda, no me había hablado ni una sola vez.

Cuando, después de subir la monumental escalera de mármol blanco, adornada con estatuas, flores y palmeras, llegué al piso prin-